

“so que da un pueblo hácia el catolicismo, que es
 “la religion pura y legítima de Jesucristo, le da
 “hácia el orden civil, hácia su felicidad. Y si so-
 “fistas irreligiosos, si poderosos desmoralizados go-
 “zañ, disfrutañ y dirigen negocios públicos, den
 “gracias á que son cristianas las sociedades euro-
 “peas. Con la razon en la boca y la ley en la ma-
 “no, ni siquiera serian seres políticos una hora: tu-
 “multos espantosos y revoluciones sangrientas ve-
 “riamos mas frecuentes que las de los esclavos en
 “los gobiernos antiguos. . . .”

Sin embargo que la religion cristiana con los deberes que prescribe, con las luces que derrama y con los nobles y santos sentimientos que inspira, procura un bien universal y particular á todas las gentes, haciendo á los hombres industriosos, justos, benéficos, pacíficos y obedientes á la autoridad; y que en todas partes donde se oyó su divina voz y se dejó sentir su accion conservadora, así en los helados paises del Norte, como en los ardorosos del Mediodía, introdujo la cultura, la moral y las ciencias; destruyendo la barbarie y haciendo que la verdadera sabiduría ocupase su puesto; y en fin, que el mundo civilizado no olvidará jamas que á solo ella se debe el progreso de las artes y ciencias, las virtudes puras, las leyes justas, los gobiernos tem-

plados, la dulzura de una libertad racional, la majestad del derecho de gentes, y la paz y la felicidad; ó, como decia Beausobre, que se le debe un gobierno más justo, más libre y más ilustrado; y ademas la virtud de observar las leyes de la humanidad en medio de las guerras mas crueles: con todo, los héroes de una filosofia habladora, sacrílega, regicida, antisocial y atea, trabajan en vano para presentarla como contraria á la razon, poniendo á su cargo los absurdos, escándalos y dogmas insensatos de los herejes, y todo aquello que el hombre ignorante y malvado le ha mezclado; y opuesta á la libertad, prosperidad y dicha de los pueblos; imputándole los males, crímenes y abusos que solo ellos produjeran, y que ella los llora, lamenta y condena: mas ¡ay! jamas será responsable la religion cristiana de lo que los impíos, ó algunos de sus rebeldes hijos han enseñado, ó quieren hacer ó hacen; sino de lo que ella dicte, enseñe ó mande, por medio de su Supremo gefe y pastor, el romano pontífice vicegerente de Dios sobre la tierra: empero sus dogmas santos, su moral pura, sus ejemplos admirables, el culto santo y racional que prescribe, condenando toda práctica insensata y execrable y toda moral falsa y perniciosa, el mandar la práctica de todas las virtudes, pues no hay ninguna que no sea útil al cuer-

po social, y prohibir todos los vicios con sus promesas y castigos eternos; y el tener templos y ministros con bienes temporales que hay necesidad de ocupar ¹: véanse aquí los objetos que mueven á los impíos para odiarla, perseguirla, desfigurarla y calumniarla: si, por el contrario, ella prescribiese el culto que la antigua gentilidad daba á sus fabulosos dioses, y con especialidad á la obscena y disoluta Venus, á Júpiter adúltero, á Juno incestuosa y vana, á Mercurio *ladron*, á Marte sanguinario é impío, y á Saturno feroz y voraz, que se comia sus propios hijos, si sus ministros, monstraos tan horribles á sus ojos, tuvieran la mision de predicar á los pueblos la moral de Epicuro ó de Jansenio, la política de Maquiavelo, los derechos del feroz Hobbes, la filosofia de Espinosa y la soberanía de la razon de Lutero y de Rousseau; ¡ah! entonces serian tenidos por ellos por hombres divinos, por unos prodigios de sabiduría, de caridad ó filantropía, naci-

¹ “Es cosa bien estraña, dice un célebre escritor protestante, el ver cómo denigran y calumnian la religion católica aquellos que viven y se gozan de los bienes de que fuera despojada; es por cierto gracioso y chusco el motivo que los mueve, y es por cierto razon de mucho peso el injuriarla y calumniarla porque se ha despojado: ¡cuánto trastorna la cabeza la golosina de los bienes de la Iglesia!”

dos para ser la dicha y consuelo del género humano y todos los horrores y blasfemias vomitadas contra ellos y contra la religion del Crucificado serian trasformados en tiernos y elocuentes panegíricos! ¡Oh infernal filosofia!

Si los filósofos quisieran alguna vez de buena fe saber si la religion cristiana es útil ó perjudicial á los pueblos, tienen, dice Mr. Bergier, una prueba visible y decisiva; á saber, consultar la esperiencia y los hechos: sí, los hechos, contra los cuales es insensato, segun Bayle, discurrir. Si un hombre se juzga bueno ó malo por sus acciones, un árbol por sus frutos, una causa por sus efectos, y una ley ó institucion por sus consecuencias ó resultados; juzguen á la religion por esta misma regla: ella nada teme, su victoria es segura, así como la confusion de sus enemigos. ¡Filósofos! echad una mirada sobre el género humano: comparad y decidid: mas en el entretanto, escuchad: “Los que tienen la doctrina de Jesucristo por contraria á el gobierno del Estado, dice S. Agustin, denme un ejército cuyos soldados sean tales cuales el Evangelio quiere sean: denme tales casados, tales padres, tales hijos, tales reyes, tales jueces, y finalmente, hombres que paguen los tributos á su príncipe con tanta exactitud como previene la doctrina cris-

“ tiana; y despues de haber observado el modo de
 “ obrar de todos ellos, quiero yo ver cómo se atre-
 “ ven á decir que la doctrina de Jesucristo es con-
 “ traria á el Estado.”

En efecto, ella no se contenta con exhortar simplemente á los reyes, orar á los pueblos, suplicar á los poderosos, á los grandes, á los pequeños, á los sabios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres, á los padres y á los hijos, á los amos y á los criados al cumplimiento de todos sus deberes: si su oficio ó mision fuere este tan solo, presentando las razones que hay para hacer lo justo y huir lo injusto; ¡oh! si no tuviese mas autoridad sobre los hombres; concluido está contra ella, como contra la imbécil filosofia, que no obliga con otras armas que con la aparente belleza de sus preceptos: pero no, no; la religion cristiana no se contenta con decir débilmente: dad al necesitado, al mendigo, á la afligida viuda, hospedad al peregrino, vestid al desnudo, sed perfectos; sino que despues, con una voz fuerte y amenazadora sanciona sus leyes y mandatos, añadiendo: si esto no lo cumpliereis, seréis para siempre condenados al infierno; sí, los que los observen fielmente irán llenos de consuelos alegres á la vida eterna, y los que no, irán tristes y desesperados al suplicio eterno.

“ Nosotros somos, decia S. Justino, apologistas
 “ de la religion cristiana, dirigiendo sus palabras
 “ al emperador Antonino Pio; nosotros somos en-
 “ tre todos vuestros vasallos, los que ayudamos
 “ mas á mantener la tranquilidad pública, ense-
 “ ñando á los hombres, que ninguno puede escon-
 “ derse á los ojos de Dios, que sea malo ó que sea
 “ virtuoso; y que todos irán despues de su muerte
 “ á recibir los premios ó los castigos eternos segun
 “ el mérito de sus obras. Si esta verdad estuviera
 “ grabada profundamente en el corazon de todos
 “ los hombres, ninguno escogeria el camino del vi-
 “ cio por este corto espacio de vida, por no verse
 “ despues condenado á un fuego eterno; sino que
 “ al contrario, el deseo de alcanzar los bienes que
 “ Dios promete, y de escapar de los castigos con
 “ que los amenaza, los moveria á todos á reprimir
 “ sus pasiones y á enriquecer su alma con todas la
 “ virtudes. Los malos, que quebrantan ¡oh empe-
 “ rador! vuestras leyes, no buscan las tinieblas pa-
 “ ra ocultarse por temor ó respeto á ellas; sino que
 “ obran el mal, porque saben que es cosa fácil el
 “ hacerlo sin que vos lo sepais; esperan conseguir-
 “ lo efectivamente. Pero si hubieran aprendido que
 “ Dios ve todas nuestras acciones y todos nuestros
 “ pensamientos, y que nada puede esconderse á sus

“ojos, y estuvieran firmemente persuadidos de esto, ellos se aplicarian á la práctica de la virtud, á lo menos por el temor que les infundiria la consideracion de los castigos que están preparados para los malos. Esto es demasiado evidente para que vos no convengais en ello. Pero qué, ¿no podríamos señalar con el dedo á muchos que eran antes, de unas costumbres violentas y furiosas, y despues que se juntaron á nuestra religion, se han reducido, mudado y vestido de humanidad; unos sirven con moderacion á sus prójimos; otros con una singular paciencia los soportan y acompañan en los caminos; y otros, en fin, responden con una fidelidad incorrupta á los negocios que se les encargan?”

Son tan maravillosos, tan conocidos é indisputables los beneficios que la religion católica produce y ha producido á los pueblos, que Montesquieu convencido de su verdad, no ha podido menos que sostener, que los principios del cristianismo grabados profundamente en el corazon, serian infinitamente mas fuertes para cumplir los deberes de ciudadano, que los falsos honores de las monarquías, las virtudes humanas de las repúblicas, y el honor servil de los Estados despóticos: pues su espíritu, dice, tiende á reprimir todas las pasiones, y á ins-

pirar en los hombres la dulzura, la paz, el amor recíproco; todas las virtudes. Y en verdad que las virtudes que inspira, que son todas, no han florecido en un solo pais; entre los caldeos, en los parthos, en la Media, en Egipto, en Grecia, en Italia, en España, en Francia, en América, en la China, en toda la redondez de la tierra ha domado aquellos vicios mas dominantes, y refrenado las inclinaciones mas fuertes de cada gente.

Sí, un pueblo en el que todos obrasen con arreglo al espíritu del Evangelio, es decir, en el que su moral sea la regla del orden público, la regla de la política y senda comun de todos, pareceria un pueblo cuyos ciudadanos estuviesen libres de las rastas del pecado de Adam: sí, un pueblo de hombres santos, semejantes al primero, tal cual salió de las manos del Criador. Y en efecto, ya hijos de Jesucristo, no pueden parecer hijos del hombre degradado y corrompido: la gracia de Dios salvador, los pone á cubierto de la justa maldicion con que fué herida la humana generacion; y su resignacion en las penalidades y zozobras de la vida, la santidad y pureza de sus costumbres, su fe viva, la paz que disfrutan, los hace felices, y que aparezcan á los ojos de los hombres no haber perdido su original inocencia.

Un verdadero cristiano es una prueba nada equívoca de la verdad de la religion cristiana; así lo ha confesado Rousseau por estas palabras: "¡Qué argumento mas poderoso contra el incrédulo, que la vida de un cristiano! ¿Habrá quién le resista? ¡Qué cuadro para su corazon, cuando sus amigos, sus hijos y su esposa concurren todos á instruirle edificándole! ¡Cuando sin predicarle á Dios en sus discursos se lo muestran en las acciones que les inspira, en las virtudes de que es Autor, y en el encanto que hay en agradarle! ¡Cuando ve brillar en su casa la imagen del paraíso! ¡y cuando una vez cada dia se verá obligado á decirse: no, el hombre no es así por sí mismo, aquí hay alguna cosa sobrehumana."

¡Oh encanto delicioso de la virtud cristiana! Do quiera te hallas, está todo lo que importa y deleita; está toda riqueza, todo descanso, todo consuelo, todo bien y toda felicidad. ¡Oh Dios Eterno y Santo! ¿qué poder el de tu divina palabra? A ella sola toca formar hombres amables, generosos, compasivos, leales, ciudadanos perfectos; sola ella bien meditada y practicada, puede producir la paz de los Estados, inspirando, mandando y manteniendo entre los súbditos y sus gefes aquel orden y armonía que hace la felicidad de todos: no tiene otra mira,

este solo es el blanco de la moral cristiana. Es, pues, por lo tanto, una calumnia inaudita, una locura risible y despreciable, una blasfemia, cuando los impíos se propasan á decir, que la religion cristiana, ni es útil á los pueblos, ni puede formar buenos y pacíficos ciudadanos ¹.

La tierra seria una morada de paz, de contento y felicidad, si todos sus habitantes se conformaran á las máximas y consejos del Evangelio; los súbditos podrian dormir seguros y sin recelo, cada uno bajo su parra ó bajo su higuera, siendo guarda los unos de los otros; por la prosperidad de cada uno se reiria la alegría en los labios de todos; y todos se mostrarian sensibles á las desgracias de uno solo; rodearian al príncipe, como los hijos cercan á un cariñoso padre, ó como á una frondosa oliva cercan los tiernos renuevos; todos gozarian y respirarian una verdadera libertad, y habria la justa igualdad que puede haber entre los hombres. Para ser libres, es necesario, decian Ciceron y Séneca, estar sujetos á las leyes: y bien, ¿podrán encontrarse hombres mas sumisos á las leyes y á la autoridad que

¹ "Los impíos, dice Bayle, son los mas interesados en que la ciudad esté llena de hombres de bien y temerosos de Dios; para vivir ellos asegurados contra todo mal engaño, y de su parte poder dañar y engañar á todos con seguridad."

los verdaderos cristianos? Ellos no solo obedecen al poder por temor y por conciencia, sino que le aman porque viene de Dios y le representa en la sociedad; hallándose obligados á someterse á la autoridad como á la voluntad del mismo Dios; porque el que resiste á la autoridad, resiste al mandato de Dios: no importando nada al cristiano el ser mandado por una ó muchas autoridades: reyes, dictadores, cónsules, decenviros, senadores, diputados, emperadores, todos estos nombres al parecer distintos, designan solamente los ministros de la ley, ó vicegerentes de Dios sobre la tierra, para ser los guardianes de la sociedad. El mismo pueblo de Dios, el judío, se gobernó en diferentes formas; ya por un padre solo, ya por un juez y profeta, ya por un senado, ya por un caudillo solo; y en todas estas formas siempre fué grato á Dios; de aquí es: " Que ninguna clase de gobierno temporal hay, " dice Mr. Proyart, que no sea agradable al Supremo Poder, del que emanan todos los imperios del " mundo, con tal que, por una parte esta forma es- " cluya todo lo que sería contrario á el Orden eter- " no, y por otra pueda proteger los verdaderos inte- " reses del hombre en sociedad: todo depositario del " poder temporal, desde el punto y hora que legíti- " timamente toma posesion de la magistratura, re-

" eibe por el hecho la institucion del Criador; des- " de entonces es su representante y su órgano sus- " tituido á todos sus derechos divinos en el orden " temporal; su ministerio es sagrado y su persona " inviolable." Por lo mismo, en tanto que los ver- " daderos y juiciosos políticos, y la gran turba que no lo son, disputan acerca de las monarquías, aris- " tocracias, repúblicas y de todos los demas gobier- " nos, los unos fundados en la conveniencia, utilidad y felicidad de los pueblos; y los otros fundados en fines particulares, y apoyados en las razones poderosas y convincentes del puñal y de la horea, los cristianos verdaderos, teniendo presente que la religion cristiana ó las máximas del Evangelio, son aplicables, útiles y amigas de toda clase de gobierno legítimamente establecido, procuran, en todas ellas, oyendo la voz de Jesucristo, ser no solo obedientes y fieles á las potestades sublimes, sino lo que es mas, rogar á Dios por la paz y felicidad de los gobiernos y sus gefes, aunque sean estos tiranos como Nabucodonosor, ó impíos como Julia- no....

Y así que, examínese si se quiere, la conducta de los primeros cristianos, y se hallará que estos respetaban á los príncipes como á imágenes de la Divinidad, depositarios de las leyes y pastores de los

pueblos; y mientras el imperio estaba entregado á la discordia, y la audacia de los ambiciosos ponía y deponía á los emperadores, solamente los cristianos reconocían á los tiranos por sus señores, y amaban más ser perseguidos que *rebeldes*. Por lo mismo decía Tertuliano en su oración apologética, que mientras mas súbditos del imperio se hacían cristianos, otros tantos amigos ganaba el Estado, de quienes nada tenía que recelar, por la pureza de sus costumbres y por su fidelidad. Para probar sus virtudes se espresaba en estos términos: “¡Oh jueces que
 “ presidís en los tribunales, los que visitais las cár-
 “ celes cada día para juzgar los reos! . . . Alega-
 “ mos por testigos los mismos procesos, el mismo
 “ decreto de la condenación donde se refieren los
 “ títulos de los crímenes de los condenados, en que
 “ se dice: muera éste por matador, aquel por la-
 “ dron, éste por sacrílego ó violador de doncellas..
 “ Mírense, pues, estos registros y procesos, y véa-
 “ se, si se halla allí sentencia contra algún cristia-
 “ no acusado ó condenado por alguno de estos de-
 “ litos. Decid, si cuando os presentaron algún cris-
 “ tiano preso, os lo entregaron con apellidos de
 “ adúltero ó ladrón, ó si en el exámen le habeis
 “ hallado delitos de los que cometen los delincuen-
 “ tes gentiles, sino solamente el nombre de su pro-

“ fesion que entre vosotros es crimen. De los vues-
 “ tros las cárceles hierven: vuestros son los que sus-
 “ piran en las minas: de vosotros se engordan las
 “ bestias: los que hacen trato, ó tienen por su gran-
 “ deza, valientes esgrimidores para las fiestas de
 “ las fieras, alimentan rebaños de malhechores gen-
 “ tiles. Allí no se halla cristiano alguno, sino por-
 “ que lo es; que si entró por otro crimen, no entró
 “ cristiano, que lo deja de ser cuando comete de-
 “ litos.”

Y en prueba de su fidelidad alegaba, que jamás se habían mezclado en las parcialidades de Alvino, ni de Niger, ni de Casio, ni en las guerras esternas que hacían los bárbaros, no obstante hallarse tan ofendidos y perseguidos por los emperadores; á los que les decía, para hacerles ver, que su fidelidad y moderación no era efecto de flaqueza ó falta de valor: “Si en lugar de emplear en secreto los medios
 “ con que pudiéramos vengarnos, quisiéramos de-
 “ clararnos abiertamente enemigos vuestros, somos
 “ número bastante grande, y logramos fuerzas so-
 “ bradas para poderlo ejecutar. ¿Juzgais que los
 “ moros marcomanos y parthos ú otra nación pode-
 “ rosa, que no ocupe mas que una porción de la tier-
 “ ra, es mas numerosa que los cristianos que es-
 “ tán repartidos por todas las partes del mundo?”

“ Ayer nacimos, y ya llenamos la vasta estension
 “ de vuestro imperio: vuestras ciudades, vuestras
 “ islas, vuestros castillos, vuestras villas municipa-
 “ les, vuestras juntas y aun vuestros ejércitos, tri-
 “ bus, decurionatos, el palacio, el senado; solamen-
 “ te los templos os dejamos. ¿Qué guerra no seria-
 “ mos capaces de emprender y mantener, aunque
 “ fuésemos inferiores en el número, cuando sufri-
 “ mos con tanto esfuerzo que nos asesinen, si nues-
 “ tra religion no nos enseñara á sacrificar la vida,
 “ antes que quitarla al prójimo? Pudiéramos muy
 “ bien venceros, aun sin tomar las armas ni suble-
 “ varnos, con solo apartarnos de vosotros. Porque
 “ si un número de hombres igual al nuestro, os de-
 “ jara para retirarse á cualquiera rincon del mun-
 “ do, la pérdida de tantos ciudadanos de todas cla-
 “ ses, causaria una horrorosa fatalidad al Estado, y
 “ su retirada sola seria para vosotros un atroz cas-
 “ tigo. Atemorizados quedariais al ver tan grande
 “ soledad, y contemplar el silencio de vuestros ne-
 “ gocios. Os pareceria que se habia acabado el mun-
 “ do: andariais buscando vasallos á quienes man-
 “ dar, y encontrariais mas enemigos que ciudada-
 “ nos, porque la muchedumbre de cristianos es cau-
 “ sa de que tengais menos enemigos.”

Ello es que los soldados cristianos fueron siem-

pre los mas fieles á los emperadores: eran persegui-
 dos, atormentados, cual nunca se habia visto, ni
 habia ejemplo en el mundo, declaraban su inocen-
 cia, gemian, suplicaban, sufrían, bendecian, morian,
 pero jamas se rebelaban. “Emperador infiel fué Ju-
 “ liano, decia S. Agustin, fué apóstata, idólatra, in-
 “ justísimo; empero no obstante su infidelidad, los
 “ soldados cristianos le obedecieron. Cuando aquel
 “ trataba de la fe de Jesucristo, no reconocian ellos
 “ otro Dios que el que habita en el cielo. Si que-
 “ ría que adorasen los ídolos y que les ofrecieran
 “ un incienso sacrílego, preferian la ley de Dios á
 “ los decretos del César; pero si les decia: marchad,
 “ combatid contra tal nacion; obedecian al instan-
 “ te, dando á entender con tan sábia y recta con-
 “ ducta, que sabian hacer una gran diferencia en-
 “ tre el Rey eterno y el temporal, y que se sujeta-
 “ ban á el último para obedecer al primero.”

La unidad fué siempre la regla del cristiano; co-
 mo en lo religioso, tambien en lo político; y solo
 dejaban de obedecer en aquellos casos en que el
 príncipe ó sus ministros les mandaban desobedecer
 á Dios; es decir, en los que daban decretos contra
 la ley de Dios, contra la religion de Jesucristo que
 perseguian, y contra su santa Iglesia cuya estincion
 procuraban. Entonces, bien instruidos estos héroes